



La Ley del cable

La llegada del agua corriente a los hogares mediante el sistema de tuberías, fue uno de los avances más significativos en cuando al confort de los habitantes de nuestro pueblo.

La distribución se hizo paulatina-mente, llegando en sus principios el líquido elemento a través de un grueso tubo exclusivamente a las "casillas del agua".

Eran éstas unas peculiares construcciones estratégicamente situadas en Manzanares, diseñadas a modo de gasolinera, que servían para ir llenando grandes cubas de madera, montadas sobre un carro tirado por mulas.

Los aguadores, que conducían estos carretones, se encargaban de repartir el preciado líquido casa por casa, mediante unas vasijas metálicas de lo más pintoresco.

Eran los comienzos del reparto a domicilio.

Envuelta en bata de guatine y coronada por los más estrambóticos rulos y redecillas, esperaba el agua la sufrida ama de casa al igual que el pan y la leche.

¡La leche! ésta sí que era distribuida "en directo" pues caminaba la negra cabra de puerta en puerta con su amo y sus medidas (no las de la cabra, sino las de medio y un litro), soltando un chorro aquí otro allá, pudiendo así apreciar el cliente "in situ" la salud del caprino con solo mirarle la faz, y si ese día iba "de malas" siempre se podría rechazar la mercancía.

Pero volvamos al agua. La compañía distribuidora, comenzó animosamente a extender la red de abastecimiento por toda la población y así permitir que en muchas casas se instalara un grifo en el corral para uso común del vecindario, que era chupado con avidez las tardes de verano por aquellos cuyas bocas, eran más tiernamente ornamentadas de las velas que colgaban sus pituitarias.

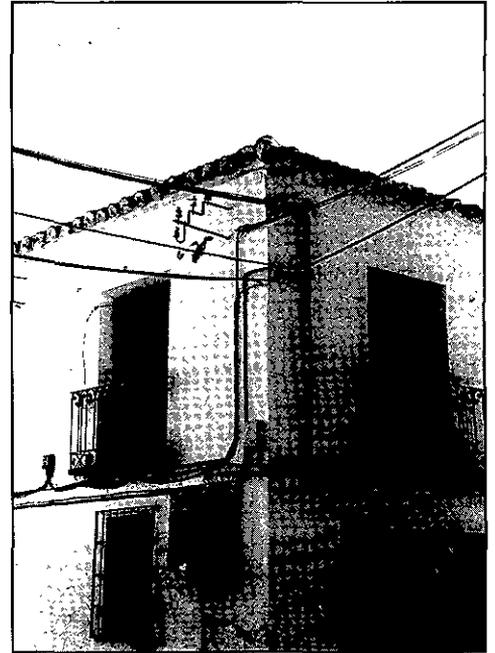
Este avance, permitió posteriormente instalar en el patio un inodoro a compartir, dotado de una cisterna en lo alto, de la cual, colgaba una cadena cuyo accionamiento hacía brotar por todos los recovecos de la taza un potente chorro de agua que hacía desaparecer cualquier cosa que allí se depositaba, que casi siempre era lo mismo.

Todo esto, tecnología punta, habida cuenta que la funcional tabla con el agujero en medio seguía vigente en todos los corrales para el regocijo de la gallina manchega, que siempre ha gustado de ciertas "especialidades".

Todo normal hasta ahora, pero si por un momento la compañía distribuidora de agua hubiese decidido instalar su red igual que lo hacen actualmente las compañías eléctricas, la cosa hubiera sido así:

Descartado el hacer zanjas por las calles (¡vaya rollo!) para meter las tuberías, se decidió llevar la red general colgada por las fachadas, así en caso de rotura, saltaría a la vista donde está el problema: —Allí donde se moja la gente—. Así que desde la entrada al pueblo, con un berbiquí fueron trazando una raya azul por la calle Ancha, instalando unas abrazaderas negras que luego portarían las tuberías más gordas y algunas más finas por si acaso, con lo que se consiguió la igualdad, pues no había fachada noble o plebeya, de cal, de piedra o de baldosines, que se librara de ser claveteada repetidamente.

¡Toma plomo!. Pronto se resolvió lo de cruzar la calle: Se llevaba la tubería un poco más alta y desde allí, con un alambre se colgaba como un tendedero, hasta la casa de enfrente, donde se podían hacer toda clase de empalmes, revueltas, porretas y colgaderos; absolutamente necesarios para bordear cada puerta de la calle. Y donde cuadraba, ¡zas! una caja de registro de metro y medio,



Por poner un ejemplo

debajo del balcón, de la cual, a su vez, salen y entran sin objeto aparente, tuberías de diverso grosor y textura.

Pronto se atiborraron todas las calles y fachadas, de la más churri-gueresca y aparatosa red de tuberías de todos los estilos: dobles, trenzadas, múltiples, sencillas; unidas con todo tipo de empalmes: redondos, de colgajo, al bias... y es que manifestaciones artísticas hay en todos los oficios, y nada malo hay que ver en ello, si acaso, la incomodidad de tener que ir con un palo, levantando los colgaderos, cada vez que desfilan carrozas de cierta altura, por nuestras calles.

¿Exageración? todo real, pero aplicado a los cables eléctricos.

Basta una miradita por cualquier rincón de nuestro pueblo, para ver una infame colección de "cableados". La foto, es una mínima prueba; a duras penas se puede leer, la placa de la calle, entre tanto agobio.

Esperamos que algún día (seguramente, cuando las ranas críen pelo), se presente un buen plan de empotre, para lo que se habrán de unir, todas las fuerzas, eso sí, evitando que ésta sea, una "Unión Penosa".

David Torres